

ASEDIO Y PERSECUCIÓN DE UNA FAMILIA

—¿Charlaste algo?

—¿Cómo voy charlar? ¿Cómo voy a cenar? —Y yo le hacía señas de lo que había debajo de nuestra cama.

—¿Tú crees que yo tengo apetito para cenar? —Disimulábamos porque suponíamos que había un guardia debajo de la cama escuchando.

—No, porque no tengo ni hambre.

Cuando les pareció, nos soltaron y nos dijeron que podíamos ir a casa, pero que no volviéramos a dormir a Las Carrás. Antes, cogíamos la leche e íbamos a dormir a la casona.

Yo me quedaba con las vacas, llevaba un trozo de borona, y Fidel se iba con la leche a vender a Serdio. Al mediodía me bajaba a comer a Los Coteros.

Esa fue la primera vez que nos llevaron y oficialmente nunca nos tomaron declaración. Más tarde, mi memoria es incapaz de recordar las fechas, la policía nos hizo ficha de frente y de perfil. Pero desde la primera vez que nos llevaron hasta que nos quemaron Las Carrás pasó mucho tiempo. Puede que un año o dos.

« ARDEN LAS CARRÁS! »

Las llamas comenzaron por la casa, por la socarreña, por la cuadra... Aquella noche nadie recuerda que lloviera. La lluvia que jarrea, la lluvia mansa, la lluvia con ventisca, la lluvia que durante siglos había humedecido aquellas piedras porosas de sillería, las había enmohecido, había ayudado a cubrirlas de verdín, aquella lluvia amiga que regaba los campos sembrados, que llenaba los ríos, que acompañaba en los atardeceres, que arrasaba en los temporales para recordar que era la vida, aquella noche se alió con las manos malvadas, crueles, dañinas. No hizo acto de presencia.

Los vientos no arreciaron, pero sí soplaron con la suficiente suavidad para acelerar el proceso, la invasión, la destrucción. Las llamas arrasaron la cocina, las estanterías, los cacharros, los escurreplatos, el arcón, el banco, la silla de costura de abuela-madre Hilaria, la mesa de comer, de limpiar alubias y lentejas, de amasar

LA MUJER DEL MAQUIS

la harina del maíz, de hacer la borona, de poner los cuadernos manchados de los deberes. Ardió como la tea del pino, con prisa, devoró las vigas de castaño del techo, las que habían sido restauradas por el padre de Florencio, por el propio tatarabuelo Facundo, por una saga de ebanistas y carpinteros que amaban la madera, que siempre la tallaron con mimo, que habían llevado a Las Carrás el mejor tablón del castaño, el de menos nudos, el nogal más hermoso, de buena veta. Y aquella madera se plegaba, se rendía a la fuerza de las llamas, de las manos enemigas y sucias. Ardía con ganas, sin protestar, después de tantos años secada por ese otro fuego. Aquel otro fuego amigo que calentaba en las noches de invierno, aquel del fogón que ayudaba al cocido en la placa, que quemaba suavemente la piel de la manzana o de la naranja, extendiendo su aroma por toda la casona.

Pero esas llamas iniciales no arrancaron de la leña de la cocina, ni del brasero de la sala, ni del roble de los muebles, ni del castaño que cubría los suelos de arriba. Las primeras llamas eran de gasolina, de gasoil, puede que de alcohol. Eran enemigas y trepaban por las escaleras hacia los cuartos, hacia la sala, hacia la alcoba principal. Devoraban las vigas labradas con filigrana de la solana, las últimas ristras de panojas de maíz y cebollas colgadas, las camas, las mantas, los paños y telas del armario de Zoilina —esos que se habían guardado esperando a que volviera de La Habana—, los retales de los hermosos abrigos, de los elegantes vestidos.

Arrasaban con las cartas y las reliquias de Paco, con las poesías de Leles que se habían salvado de los diferentes enfados del hombre enamorado; con las fotos de Maelín que su padre iba cambiando en la prisión a medida que el niño iba cumpliendo años. Arrasaban con los sueños que cada noche, desde la celda, Paco iba trasladando a su cuarto. Porque sí, en cuanto saliera de allí se iría a Buenos Aires para hacer dinero. Pero cuando fueran ricos, volverían a Las Carrás, a su casona del cruce de caminos. Su alcoba sería entonces la de Maelín. En aquel cuarto que ahora ardía, del que le sacaron en la madrugada de un 31 de agosto cuando le subieron al camión a golpes —«Bedoyón, caballón, sube o te matamos a palos!»—, aquella mañana en que no sabía que nunca más volvería a

ver Las Carrás, en aquel cuarto debería dormir Ismael algún día, soñando con cortejar a las muchachas en las romerías.

Todo eso y mucho más, como los sueños de las mujeres que trabajaban en La Habana para ahorrar y montar la sastrería en el Val de San Vicente, todo ardió aquella noche del otoño-invierno de 1952. Quizá una noche de noviembre. Como si se tratase de conjurar el mal recuerdo, nadie se acuerda de la fecha exacta de aquella noche tan triste, pero las imágenes permanecieron toda la vida grabadas en las retinas de los vecinos del Val de San Vicente.

Las llamas arrasaron en la cuadra, se prendieron en el pesebre de las vacas, en la piel de las seis lecheras cuyos bramidos se extendían por la noche como lamentos de almas en el infierno, que habría dicho el cura de Abanillas, el padre Santos. Aterrorizadas, con sus enormes ojos de vacas mansas y estúpidas reflejando aquella luz naranja que abrasaba, devoraba, destrozaba. Y los animales tiraban como bestias. Ya no eran mansas, ya no esperaban, ya no soportaban. Sus mugidos rasgaban la noche, llegaban a Estrada, a Serdio, a Los Coterros.

Cuando ya no se podía esperar más de aquel espectáculo dantesco, se hundió el tejado de la socarreña con un estruendo sobre el carro de las vacas, con gran fiesta por parte del fuego, que recobró sus fuerzas. Trepó más alto para iluminar el negro cielo de la noche, para ser visto desde Luey, desde El Trichorio, desde el monte Cabana, desde la carretera de Pechón. Mientras el aire esparcía las pavesas, caían trozos del techo de los dormitorios, las vigas de las ventanas se doblaban, el olor chamuscado del pelo de las vacas surcaba el valle a lomos del viento suave del norte.

Llegaban los primeros vecinos. Los de Estrada, María Inguanzo y Pepín y Lolo, sus hijos. Llegaban los de Serdio, sonaba tarde la campana de la iglesia, salían las gentes de su casa con calderos en las manos y el olor del humo alcanzaba Serdio, Estrada, subía hacia Portillo, ya estaba en Abanillas.

El grito corrió veloz aquella madrugada. « Arden Las Carrás! ». Desde los altos de Abanillas, de Serdio, de Portillo se veían las llamas. El humo intoxicaba las gargantas; el resplandor cegaba a los que ya habían llegado y disimulaba las lágrimas de los que intenta-

LA MUJER DEL MAQUIS

ron acabar con aquella tortura de las vacas bramando. Pero era imposible entrar en la cuadra. La hierba había ardido cual pólvora bien seca. El boquerón de arriba había actuado de chimenea y los hombres miraban aterrados, llevándose las manos a la cabeza.

Julia llegó descalza, a medio vestir, gritando. Esta vez sí, gritando. Y Quena corría detrás, desesperada, porque aquello no podía ser. Ella, que también se iba a Cuba con abuela-madre Hilaria y Zoilina, vio cómo la casona del cruce de caminos ardía por los cuatro costados. No hacía mucho que había salido de la cárcel y Quena se tapaba los oídos. No soportaba los ruidos, los mugidos de los animales. Julia lloraba desesperada, mesándose los cabellos al lado de María. Quena no decía nada, solo ahogaba los alaridos que salían de su garganta.

Nadie recuerda de dónde salieron los calderos con agua, los barreños, los cubos, la cadena formada para intentar salvar algo, lo que fuera. Porque los montañeses ya solo pedían que el sufrimiento de aquellos animales terminase de una vez. Para quien no había dependido de la vaca para comer, para vivir, para arar el campo, para vender el ternero en el mercado; quien no las había ordeñado, quien no les había limpiado las camas en la cuadra, para quien no las había ayudado a parir durante noches enteras, para quien no había corrido detrás de ellas por los prados, era imposible comprender lo que sentían aquellas gentes. Muchas de esas tareas las había hecho Vidalín con aquellos animales que ahora se abrasaban allí ante sus ojos.

Recuerdo a trozos el día del incendio. Me levanté y Juanín estaba ya en casa. Me fui para Las Carrás descalzó, sin alpargatas. Corría cuesta abajo y no veía ni piedras ni nada. Cuando llegué a la cuadra vi una vaca en la corralada. Y cuando me acerqué, dentro estaban las vacas, cuatro recién paridas. Abrasadas. Se les veían todos los huesos del espinazo blancos. No sé qué más sentí, no recuerdo qué había alrededor, solo las llamas, el humo y la carne asada de mis vacas, las que yo había ordeñado la tarde anterior.

No había agua suficiente que apagara aquellas llamas enormes, monstruosas, que amenazaban con extenderse al nogal de atrás, a

las zarzas de la pared de piedra. Las Carrás ardían por los cuatro costados, a conciencia. Mientras luchaban por atar a una vaca que milagrosamente había escapado y que estaba medio abrasada, las gentes sabían que aquel fuego no era inocente ni accidental.

Sombras siniestras, asesinas, crueles, sucias, se habían deslizado amparadas por la noche, los caminos solitarios, la soledad que desde hacía meses el teniente Agustín Miguel Jurado y el cabo Casimiro Gómez habían impuesto a la casona del cruce de caminos. Desde Portillo, doña Soledad Purón también veía el resplandor del incendio.

Cuando me dijeron lo que pasaba no me lo podía creer. ¿Qué les hubiera costado soltar a los pobres animales antes de prender fuego a toda la casona? Todo lo que se hizo por salvar la casa no sirvió de nada. Aquello fue muy duro. Se oían los bramidos de las vacas en el silencio de la noche mientras se asaban. Pese al miedo, a lo asustados que estábamos todos entonces, a todo lo que callábamos, nadie lo olvidó. Sabíamos que había sido la Guardia Civil. No sé cómo, pero todos lo supimos desde el primer momento. ¿Qué había hecho aquella gente? ¿No era bastante con haber encerrado a Paquín, a Zoila, a Requena?

No hay un vecino en la zona mayor de sesenta años y originario de alguno de aquellos pueblos que no recuerde la conmoción que causó el incendio de la casona de los Bedoya y Hoyos Gutiérrez. Para los viejos, la casa llevaba allí siglos. Para las jóvenes, el taller de costura de Zoilina había sido el sitio de encuentro de las mozas. Allí aprendieron a coser y a soportar el tedio de los inviernos cántabros en espera de la primavera y el verano, que traerían las romerías, la deshoja del maíz, las verbenas, las procesiones.

Para los mozos de Serdio o de Abanillas, llevar y traer las vacas de los prados de alrededor de Las Carrás era un lujo. Propiciaba la ocasión de observar a las chicas desde afuera, de hacer planes para la siguiente romería. Las más de las veces, pasar por Las Carrás era tener un rato de charla asegurado con cualquiera de los chavales que había en aquella casona, donde la autoridad del padre brillaba

LA MUJER DEL MAQUIS

por su ausencia y daba a la casa una libertad desconocida en otros hogares.

Los seis primos —Zoilina, Paco, Requena, Fidel, Vidalín y Teresina— se llevaban entre ellos poco más de seis años. Zoilina era la mayor y Teresina la pequeña. No había joven en la zona que no hubiera estado en la cuadrilla de alguno de los chavales de Las Carrás o no hubiera ido con ellos a la escuela.

Pese a la conmoción que causó el incendio y que ahogó durante unos días los comentarios sobre el triste accidente de un autobús en Gijón con varios muertos, no hubo denuncias ni investigaciones. El pueblo dio por sentado que el incendio había sido obra de una brigadilla de la Guardia Civil, o de un grupo de locos compuesto por un par de guardias de la zona que no llevaban uniforme y otros dos o tres chicos falangistas. Los que tuvieron pruebas, que los hubo, callaron. Los tiempos no estaban para confiar en investigaciones honrosas y los Bedoya ya estaban crucificados. Algo habría.

En Buenos Aires, Leles no recordaba cómo se enteró de la tragedia. Por entonces, su madre Consuelo preparaba ya el viaje de toda la familia, para reunirse con su padre, con su hermana Tita, que había llegado hacía unos meses, y con ella. Estaban terminando de vender los últimos prados y cerrando el trato de la casa del Corral del Medio. Merceditas, su hermana, y su papá seguían entregados a conseguir la última plata para los pasajes de todo un ejército de chiquillos que llegarían con la madre Consuelo.

Las Carrás tenía un significado muy especial para él, porque en su habitación Julia le iba guardando todas las cartas que yo le enviaba. A veces soñábamos con el día en que me taparía los ojos aquí, en Buenos Aires, por la espalda y yo me daría la vuelta y allí estarían sus enormes brazos para acogerme. Pero luego también teníamos planes para cuando todo pasara y regresáramos. Como Paco decía, éramos muy jóvenes y nos daría tiempo a todo, podríamos vivir en Las Carrás con nuestro hijo Ismael.

Después del incendio, estaba desesperado. Todavía me dijo en una carta que una de las cosas que más sentía era que se habían quemado

ASEDIO Y PERSECUCIÓN DE UNA FAMILIA

nuestras cosas. Como le cambiaron de prisión, Paco iba dando cosas a su madre para que se las guardara en su cuarto. Tampoco podía entender que la Guardia Civil, porque desde el principio se dijo que había sido la Guardia Civil, ni siquiera hubiese desatado a las vacas. Todas se quemaron, excepto una que logró soltarse. Y siempre decían que era la peor. Puede que hoy sea difícil entender que todos sintieran tanto la quema de las vacas, pero por entonces, hace cincuenta años, eran el principal sustento de una familia.

No recuerdo cómo me enteré del incendio, pero sí sé que hasta mi familia, desde Abanillas, acudió. Fueron todos los vecinos con cubos de agua. Daba igual, porque la casa ardió por los cuatro costados.

El incendio sirvió para espantar las conciencias, pero también para aumentar más el miedo. Si cabía. El silencio volvió a caer sobre las desdichas de los Bedoya y los Hoyos. El agua no llegó para apagar el incendio en la casona del cruce de carradas, pero sí que se extendió por toda España ese año.

Por fin, el 6 de agosto de 1952, a doce kilómetros de Reinosa y a unos setenta del Val de San Vicente, el generalísimo Franco inauguraba el pantano del Ebro, el primero de los setenta que el caudillo inauguró contra «la pertinaz sequía». Bajo el sol pertinaz de aquel 6 de agosto y ante los habitantes del pueblecito de Arroyo, en Santander, Franco aseguró a los presentes que «asistís a un acto histórico, porque histórico es en la vida de España la creación de sus nuevos mares hechos por la mano del hombre».

Parafraseando a Unamuno, al Caudillo le «dolía España por su sequedad, por su miseria, por las necesidades de nuestros pueblos y aldeas, y todo ese dolor de España se redime con estas grandes obras hidráulicas, con este pantano del Ebro».

1952 fue el año de los pantanos, del final del hambre y de las cartillas de racionamiento, pero otras muchas cosas no cambiaban. En las cárceles se seguía fusilando. El 2 de enero habían sido confirmadas por el Tribunal Supremo las condenas a muerte de cinco anarquistas que fueron ejecutados el 14 de marzo en las paredes del tristemente famoso Camp de la Bota en Barcelona. Eran cinco anarquistas jóvenes: Pere Adrover, Jordi Pons, Joseph Pérez, Genis

LA MUJER DEL MAQUIS

Urrea y Santiago Amir. Y eso que en la misma Barcelona, esa primavera se iba a celebrar el XXXV Congreso Internacional Eucarístico. La última vez que había tenido lugar había sido en 1938, en Bucarest, antes del comienzo de la Segunda Guerra Mundial.

EL ADIÓS DE ISMAEL

Ismael, el hijo de Paco y Leles estaba en Los Coterros de Serdio cuando ardieron Las Carrás, pero con los años no recordaría nada. Ni tampoco tiene imágenes del viaje que hizo a Madrid, con su abuela Julia, a ver a su padre al destacamento penal de Fuencarral. Eso sí, recuerda a los presos y todas aquellas bromas que le hicieron.

Pero algunas personas sí se acuerdan de la visita que, andando el tiempo, fue muy importante. María Eugenia, la mujer de Pepe Elizalde, recordaba perfectamente al niño que parecía un príncipe.

Ahora que han pasado tantos años, puedo decirlo delante de Pepe. Paco Bedoya nos parecía muy guapo a todas las chicas. Tan alto, con una sonrisa enorme, unas manazas grandes pero bonitas. Sabíamos que tenía un hijo, porque en las visitas del día se charlaba de todo. Y Paco estaba al lado de Pepe en las camas, y muchas veces, en los paseos. Así que recuerdo la que se lió el día en que la que debía de ser la madre de Paco, Julia, apareció en la prisión con un niño monísimo, rubio y con unos ojos enormes. Vestido con una ropita que, más que un niño de una aldea, parecía un pequeño príncipe. Todas las mujeres, jóvenes y viejas, revoloteábamos alrededor del niño, que debía de tener tres o cuatro años.

A los pocos meses, en el otoño de 1952, cuando Pepe ya había salido de la cárcel y nos vinimos a vivir a Los Tánagos, fue cuando supe que sus tías eran todas costureras. Y muy buenas. Pero también recuerdo una imagen terrible. Recuerdo a Julia, la señora que yo había visto en la cárcel con el niño vestido como un príncipe, bajando por la cuesta de Serdio hacia Unquera, pasando pegada a nuestra casa, con el mismo niño en brazos. Y una pareja de la Guardia